

siendo esclavos de la superstición, y por consiguiente, instrumentos peligrosos en manos de una Iglesia intolerante! ¿No era esto perpetuar la dominación de la *infame* á quien quería *aplastar*? No se explica esta especie de desfallecimiento del atrevido demovedor, sino por la influencia que el hecho universal ejerce sobre los espíritus más elevados. Aristóteles creía que la esclavitud había de durar siempre, porque veía tantos hombres hechos para ser esclavos. Voltaire perdía la esperanza de ilustrar á las masas, al ver cuán grande es la estupidez humana. Aun en el siglo XIX hay motivo para asustarse, y sin la firme convicción en el progreso y en la asistencia de Dios, también nosotros perderíamos la esperanza como Voltaire. Si nuestra esperanza es mayor, lo debemos á la inmortal revolución que ha ensanchado nuestros corazones y elevado nuestras ideas. La revolución es la obra del siglo XVIII. Aquel siglo generoso contenía todas las nobles aspiraciones. El émulo de Voltaire representaba de una manera brillante el espíritu democrático, y aquellas tendencias invadieron hasta la aristocracia. Voltaire, por más aristócrata que fuese, no cerró su alma á los nuevos sentimientos. Hay una página deliciosa en sus *Caprichos*: si la forma merece este título, el fondo es seguramente lo más serio y profundo que Voltaire ha escrito. Es una *Epístola dirigida desde Constantinopla á los Hermanos* (1):

«Sabemos que nuestros enemigos claman hace siglos que se debe engañar al pueblo, pero nosotros creemos que el pueblo más bajo es capaz de conocer la verdad. ¿Por qué los mismos hombres á quienes no se puede hacer creer que un cequí vale dos, han de creer que el dios Samonocodon ha cortado todo un bosque jugando?»

»¿Tan difícil sería acostumbrar á los bajáes y á los carboneros, á los sultanes y á los leñadores, que todos son igualmente hombres, á contentarse con creer en un Dios infinito, eterno, justo, misericordioso, que recompensa espléndidamente el mérito y castiga severamente el vicio sin cólera y sin tiranía?»

»¿Cuál es el hombre, cuya razón puede irritarse cuando se le recomienda la adoración del Sér Supremo, el amor del prójimo y la justicia?»

(1) *Caprichos* (Obras, t. XLI, p. 258).

»¿Qué nuevo estímulo resultará para la virtud, después de haberse matado por saber si la madre de Dios parió por la oreja ó por la nariz? ¿Se formarán por esto mejores padres, mejores hijos, mejores ciudadanos?»

»A los pueblos del Thibet les suelen llevar las reliquias de la silla de noche del dalai-lama; se las incrusta en marfil; las mujeres devotas las llevan al cuello; ¿no sería posible en rigor hacerse agradables á Dios por medio de una vida pura, sin adornarse con semejantes objetos que, después de todo, son ajenos á la moral?»

Hé aquí unas palabras dignas de un libertador de la humanidad. Nada más depresivo para la especie humana que la división de los hombres en *canalla* y *hombres de bien*, los unos destinados á vivir eternamente sumidos en la ignorancia y en la superstición, los otros viviendo del libre pensamiento y manteniendo, sin embargo, para las clases inferiores las creencias que ellos desprecian. ¿No sería esto el reinado de la hipocresía y de la estupidez? ¿Había de ser éste el ideal del porvenir? La estupidez humana es grande, ciertamente, pero ¿por qué? Porque hay un cuerpo poderoso que tiene interés en cultivarla y en perpetuarla. Quebrantemos la influencia de la Iglesia, y nada impedirá que la luz ilumine con sus rayos benéficos todas las capas de la sociedad. Para inocular la superstición en el espíritu humano, hay que empezar por viciarlo, por falsearlo, por dejarlo ciego; déjensele los ojos de la razón que Dios le ha dado, y le será más fácil ver la verdad que el error.

## VII.

Hemos preguntado cuál es *la infame* que Voltaire quiere *aplastar*, y él mismo nos ha respondido que es la religión que predica la intolerancia, la religión que es un instrumento de dominación y que tiene por objeto la tiranía intelectual; la religión que tiene por apoyo la superstición y la ignorancia. Los protestantes dicen que no es éste el verdadero cristianismo, que es un cristianismo alterado, falseado por la impostura sacerdotal; por esto los más creyentes aplauden la guerra que Voltaire hizo á *la infame*. ¿Qué digo? Los católicos mismos quisieran rechazar la sangrienta he-

rencia de la inquisicion y la supersticion; pero por más que alteren los hechos, éstos subsisten y demuestran que una religion que dice estar en posesion de la verdad absoluta, divinamente revelada, es forzosamente intolerante; en este sentido, hacer la guerra á la intolerancia es atacar la revelacion, porque no es posible destruir la una sin la otra. Por esto los hombres del pasado persiguen con sus maldiciones al gran escritor, cuya vida entera fué una lucha contra la intolerancia, más bien que contra la religion de Cristo.

Es verdad que habia en el siglo XVIII espíritus apasionados que en la ceguedad de su odio contra un pasado que querian destruir, atacaban á Jesucristo mismo y á su moral. ¿Quién los combatió? ¿Quién tomó la defensa de Cristo y de la moral evangélica? Voltaire. Hé aquí una mision nueva del gran crítico, que pocas personas están dispuestas á reconocerle. Esto consiste en que se forma con gran facilidad una opinion tradicional, ya en bien ó ya en mal, con la cual todo el mundo se da por satisfecho; para comprobarla, sería necesario leer, y ¿quién tiene tiempo de leer en nuestro siglo afanoso y preocupado? En rigor, bien pudiera hacerse una excepcion en obsequio á Voltaire; es tan interesante como un folletin ó una novela. Nosotros hemos tenido el placer de leerlo y releerlo, y ha sido para nosotros una agradable sorpresa encontrar en el ilustre incrédulo tanta equidad, tan buen sentido, cuando en el ardor de la lucha hubiera sido tan natural que se dejase arrebatar por la pasion.

La Iglesia no encontró un solo defensor que fuese digno de luchar con Voltaire; no encontró más que libelistas asalariados, que comprometieron su causa con mentiras y calumnias. Uno de aquellos folicularios se atrevió á decir que habia leído en el *Diccionario filosófico* este abominable pasaje: *Jesucristo ha sido el más hábil charlatan y el más grande impostor que ha aparecido desde el origen del mundo.* «Naturalmente, dice Voltaire, se inclina uno á creer que un hombre que cita con confianza un rasgo tan horrible, no lo ha inventado. Cuanto mayor es la atrocidad, ménos se puede imaginar que sea una ficcion. Se cree la citacion verdadera, precisamente porque es abominable; sin embargo, no hay una palabra, ni asomo de semejante idea en el *Diccionario filosófico*.... Es me-

nester haber renegado de todo pudor, y haber perdido la razon, para llamar á Jesucristo *charlatan é impostor*, cuando siempre vivió en humilde oscuridad, cuando no escribió un solo renglon, mientras otros modestos doctores tan poco doctos, nos abrumaban con voluminosos tomos sobre cuestiones de que él no habló nunca; él, que desde su nacimiento hasta su muerte se sometió á la religion en que habia nacido; él, que recomendó su observancia; que no predicó nunca más que el amor de Dios y del prójimo; que nunca habló de Dios sino como de un padre, segun el uso de los judíos; que, lejos de darse el título de Dios, dijo al morir: *Voy á reunirme con mi padre, que es vuestro padre; con mi Dios, que es vuestro Dios*; él, en fin, cuyo santo celo condena tan enérgicamente la hipocresía y los furiosos de los nuevos charlatanes, que en la esperanza de obtener alguna ganancia, serian capaces de emplear el hierro y el veneno» (1).

La apología no será agradable á los modernos charlatanes. Peor para ellos. No es ésta simplemente la opinion de Voltaire, es la opinion de los cristianos sinceros; los unitarios hablan de la persona de Jesucristo lo mismo que el filósofo del siglo XVIII. Por lo demas importa poco. Ahora vamos á presentar á Voltaire en sus relaciones con los enemigos fogosos, ciegos, del cristianismo; vamos á ver cómo aquel que ha escrito con todas sus letras *aplus-tad á la infame*, combate á los libres pensadores que llevaban la libertad de escribir hasta la licencia, hasta el desprecio de la verdad. Para formarse idea del papel de Voltaire en medio de las pasiones anticristianas de su tiempo, es preciso oír á un adversario ciego de Cristo. Escuchemos al *Militar filósofo*, uno de esos innumerables libelos que ciertos escritores anónimos lanzaban contra el cristianismo:

«Hé aquí, despues de detenida reflexion, el juicio que emito sobre la religion cristiana. La encuentro absurda, extravagante, injuriosa á Dios, perniciososa á los hombres, favorable á las rapiñas ó á las seducciones, á la ambicion y al interes de sus ministros; la veo como una fuente inagotable de muertes, de crímenes y de atrocidades cometidas en su nombre; me parece una tea de

(1) *El Pirronismo de la historia*, c. XVIII (*Obras*, t. XXIV, p. 220-222).

discordia, de odio, de venganza, y una máscara con que se cubre la hipocresía para engañar mejor á aquellos cuya credulidad le conviene; en fin, veo en ella el escudo de la tiranía contra los pueblos á quienes oprime, y la vara de los buenos príncipes, cuando no son supersticiosos. Con esta idea de vuestra religion, y con el derecho de abandonarla, me encuentro en la más estrecha obligacion de renunciar á ella y de tenerla en horror, de compadecer ó de despreciar á los que la predicán, y de condenar á la execracion pública á los que la sostienen con sus violencias y sus persecuciones.»

Hé aquí lo que se decía, lo que se imprimía en el siglo XVIII contra el cristianismo. ¿Qué opinaba de esto Voltaire? «Ese fragmento, dice, es una invectiva sangrienta contra los abusos de la religion cristiana, tal como ha sido practicada hace tantos siglos, pero no contra la persona de Jesucristo, que ha recomendado todo lo contrario. Léjos de favorecer la ambicion, Jesus la ha anatematizado; ha dicho expresamente: *No hay primero ni último entre vosotros; el hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir.* Es una sacrilega mentira el decir que ha autorizado la rapiña. Hay palabras en el Evangelio de las cuales es posible abusar, pero quedan bastante explicadas por todas las máximas evangélicas, que no enseñan más que la paz y la caridad. Nunca un pasaje del Evangelio excitó el menor disturbio. Las discordias, las guerras civiles, no han comenzado sino por las disputas sobre el dogma. Si se hubieran atendido al espíritu de Jesus, el cristianismo hubiera estado siempre en paz» (1).

Como se ve, Voltaire defiende el cristianismo á la vez que combate á los que lo convierten en instrumento de dominacion y de tiranía. ¿A quién se debe culpar de esta desviacion, de esta alteracion del pensamiento de Cristo? Voltaire dice y repite que la gran culpable es la teología, y por teología entiende los dogmas que reemplazaron á la moral, la fe en los misterios que reemplazó á la caridad. ¡Cosa notable! En este punto Voltaire está conforme, no solamente con los deistas, sino tambien con los protestantes avanzados, sus contemporáneos. Entre éstos habia un hombre cuya fe sincera no ha sido nunca puesta en duda, el docto y pia-

(1) *El Pirronismo de la historia*, c. XXIX (t. XXIV, p. 225, 227).

doso Semler. Tambien él ataca constantemente á los teólogos, tambien él quiere que la caridad recobre su importancia sobre la fe. La filosofía francesa no es, pues, un movimiento aislado, una enfermedad particular de la Francia; no es la inspiracion del demonio, como dicen los beatos, es una manifestacion de una tendencia general que tiene por objeto separar al cristianismo de los dogmas teológicos. Si Semler conservó más fe que Voltaire, consiste en que era protestante y el filósofo francés era católico.

«La religion, dice Voltaire, consiste seguramente en la virtud y no en el impertinente galimatías de la teología. La moral viene de Dios; es uniforme en todas partes. La teología procede de los hombres, es en todas partes diferente y ridícula, como muchas veces se ha dicho, y debe repetirse siempre. La impertinencia y el absurdo no pueden ser una religion. La adoracion de un Dios que castiga y que recompensa une á todos los hombres; la detestable y despreciable teología razonadora los separa. Esa teología razonadora es al mismo tiempo el más absurdo y abominable azote que ha afligido nunca á la tierra. Las naciones antiguas se contentaban con adorar á sus dioses y no argumentaban; pero nosotros hemos derramado durante siglos la sangre de nuestros padres por defender sofismas. ¡Ah! ¿qué importa á Dios y á los hombres que Dios sea *omousios* ó *omoiousios*, que su madre sea *theothocos* ó *jesuthocos*, y que el Espíritu proceda ó no proceda? ¡Dios mio! ¡Eran motivo para odiarse, perseguirse, degollarse, esas incomprendibles quimeras! Quitense los teólogos, y el Universo queda tranquilo (al ménos en punto á religion). Admitáselos, déseles autoridad, y la tierra se inunda de sangre. ¿No somos ya bastante desgraciados, sin necesidad de aumentar nuestras miserias por medio de una religion que debia aliviarlas?» «El dogma introduce ademas la division, el odio, la atrocidad en las provincias, en las ciudades, en las familias. ¡Oh virtud! consuélanos» (1).

Voltaire no podia ménos de hacerse cargo de las tonterías teológicas para arruinar la teología por medio del ridículo: «Quisiera, dice, por el honor de la razon, que la teología fuera abo-

(1) *Dios y los hombres*, c. XLIII (Obras, t. XXX, p. 332). — *Axiomas*, *ibid.*, p., 342.

no hay más que un medio de defenderlo y salvarlo, y es separar de él los elementos transitorios, para atenerse á los principios de eterna verdad.

Considerando el cristianismo como idéntico con la ley natural, es como Voltaire toma su defensa contra los ataques de los libres pensadores, sus amigos. Un corresponsal de Voltaire publicó una obra titulada: *el Cristianismo desenmascarado*. Fué atribuida al baron d'Holbach; es, segun parece, de Damilaville. Voltaire lo leyó y, segun su costumbre, anotó al márgen sus observaciones críticas. Algunas de estas notas han sido publicadas (1). Nada más característico. Debajo del título Voltaire escribió: no es el *cristianismo* desenmascarado, sino la *impiedad* desenmascarada. Damilaville acusa de *perversidad* á la moral que el cristianismo enseña á los hombres. Voltaire se indigna: «¿Es posible, exclama, calificar de perversa la moral enseñada por Jesucristo?» Damilaville, como todos los materialistas del siglo pasado, no queria, de ninguna manera, que la moral se fundase en Dios. Voltaire responde con su admirable buen sentido: «¿Por qué quitar á los hombres el freno del temor de la Divinidad? Todos los filósofos, excepto los epicúreos, han dicho que debemos ser justos para agradar á Dios.» Damilaville echa en cara al cristianismo el hacer consistir la religion en observancias inútiles á la sociedad. Voltaire se encoge de hombros: «Este abuso de la religion, dice, no es la religion.»

Se acusó de ligereza á Voltaire, se le niega el título de filósofo, porque no ha escrito obras *ex professo* acerca de la filosofía y de la lógica. Si nos tocase escoger, daríamos la preferencia á las ligerezas de Voltaire. Más de una vez hemos citado sus *Caprichos*; vamos á copiar un pasaje de sus novelas: ¡Dios dé á los filósofos el profundo sentido de la realidad que resplandece en todo lo que sale de la pluma de Voltaire! El baron d'Holbach publicó un libro titulado el *Buen Sentido*. Voltaire confiesa que hay en él verdades bien expuestas, pero, dice, quedan deslucidas por un gran defecto: «El autor quiere incesantemente destruir el Dios de Escoto, de Alberto, de Buenaventura, el Dios de los ridículos escolásticos y

(1) *Biografía universal*, en la palabra *Damilaville*.

de los frailes. Nótese que no se atreve á decir una palabra contra el Dios de Sócrates, de Platon, de Epicteto, de Marco Aurelio, contra el Dios de Newton y de Locke, y me atreveré á decir que contra el mio. Pierde su tiempo en declamar contra supersticiones absurdas y abominables, cuyo ridiculo y horror reconocen hoy todos los hombres de bien. Es como si se escribiera contra la naturaleza, porque los torbellinos de Descártes la han desfigurado: es como si se dijera que el buen gusto no existe, porque la mayor parte de los autores no tienen gusto. El que ha hecho el libro del *Buen Sentido* cree haber atacado á Dios; en esto carece completamente de buen sentido; no ha escrito más que contra ciertos sacerdotes antiguos y modernos. ¿Cree haber anonadado al Señor, porque dice y repite que muchas veces ha sido servido por bribones?» (1).

Hubo ataques más brutales todavía contra el cristianismo. Ya en la Edad Media los incrédulos calificaron de impostores á los reveladores de las tres grandes religiones que aún hoy gobiernan las almas. Creyóse por mucho tiempo que existia un libro titulado *los Tres impostores*, pero no se le ha llegado á descubrir. En el siglo XVIII apareció con este título una obra, cuyo fondo era digno de la forma: ni ciencia, ni talento, nada más que un grosero ateísmo. Voltaire se tomó el trabajo de refutarlo, y lo hizo en verso. La poesía, lo mismo que la novela, le servia para propagar la verdad; apostrofa rudamente al autor de esta rapsodia:

«*Insipide écrivain, qui crois à tes lecteurs  
Crayonner les portraits de tes Trois Imposteurs,  
D'où vient que, sans esprit, tu fais le quatrième?*» (a).

No hay para qué decir que el poeta condena el fanatismo, la hipocresía y la insolencia de los sacerdotes:

«*Un prêtre au Capitole où triomphe Pompée!  
Des faquins en sandale, excrément des humains!  
Trem pant dans notre sang leurs détestables mains!*» (b).

(1) *Historia de Jenny*, c. IX (*Obras*, t. XXXIX, p. 311).

(a) Escritor insípido, que crees trazar á tus lectores los retratos de tus *Tres Impostores*, ¿cómo es que sin talento alguno tú has llegado á ser el cuarto?

(b) ¡Un sacerdote en el Capitolio, donde triunfa Pompeyo! ¡Pícaros con sandalias, hez de los humanos, tiñendo en nuestra sangre sus manos detestables!

lida; es mucha vergüenza haber hecho una ciencia con tan gran locura. Comprendo perfectamente la utilidad de un cura que recoge limosnas para los pobres, que consuela á los enfermos, que restablece la paz en las familias; pero ¿para qué sirven los teólogos? ¿Qué ventajas obtendrá la sociedad cuando se haya averiguado por completo que un ángel es infinito, *secundum quid*, que Escipion y Caton se han condenado por no haber sido cristianos, y que hay una diferencia esencial entre categoremático y syncategoremático?..... Los teólogos han indagado mucho tiempo sobre si Dios puede ser calabaza y escarabajo; si, cuando se ha recibido la eucaristía, ésta va á parar al retrete.... ¿Quién lo habia de creer? Un loco, despues de haber repetido todas las estupideces escolásticas por espacio de dos años, recoge gravemente sus cascabeles y sus muñecos; se pavonea y decide: y esta escuela de Bedlam es la que conduce á los honores y á las riquezas» (1).

La mayor censura, y no la ménos fundada, que dirige Voltaire á la teología, es decir, al catolicismo tradicional, es que conduce al ateísmo: «Es preciso, hermanos míos, depurar la religion; la Europa entera lo pide; y para depurarla, no debemos empezar por depurar la teología, sino por abolirla por completo. La teología no ha servido nunca más que para trastornar los cerebros y á veces los Estados. Ella es la que produce los ateos, porque la mayor parte de los teologuillos, bastante sensatos para ver el ridículo de este estudio quimérico, no sabe lo bastante para sustituirlo con una sana filosofía. La teología, dicen, es, segun significa su etimología, *la ciencia de Dios*; pero los polizontes que han profanado esta ciencia, han dado de Dios ideas absurdas, y de aquí deducen que la Divinidad es una quimera, porque la teología es quimérica. Esto es lo mismo que decir que no se debe tomar quinina cuando hay fiebre, ni guardar dieta cuando hay plétora, ni sangrarse en la apoplejía, porque hay malos médicos; esto es negar el conocimiento del curso de los astros, porque ha habido astrólogos, es negar los efectos evidentes de la química, porque los alquimistas charlatanes han pretendido hacer oro. La gente del mundo, más ignorante aún que esos aprendices de teólogo, dice: Los bachilleres y

(1) *Diálogos filosóficos*, XXIV sobre la religion (Obras, t. XXXII, p. 286, 287).

los licenciados no creen en Dios; ¿por qué hemos de creer nosotros?» (1).

Voltaire viene á parar á la consecuencia de que la teología es en la religion lo que el veneno entre los alimentos (2). Los teólogos dirán: Este es un enemigo declarado del cristianismo. No es más enemigo que Semler del verdadero cristianismo: Nuestro decano Swift, dice, bajo el nombre de un Inglés, ha hecho un buen trabajo, en el cual cree haber probado que no era tiempo todavía de abolir la religion cristiana. Somos de la misma opinion; es un árbol que, segun declara toda la tierra, no ha producido hasta hoy más que frutos de muerte; sin embargo, no queremos que se le córte, sino que se le ingerte. Proponemos conservar en la moral de Jesus todo lo que es conforme á la razon universal, á la de todos los grandes filósofos de la antigüedad, á la de todos los tiempos y todos los lugares, á la que debe ser el eterno vínculo de todas las sociedades» (3).

Los celosos encontrarán que hay que hacer muchas reservas en este elogio de la moral cristiana, si es que puede ser considerado como elogio. Es moda hoy todavía, aún en el mundo filosófico, hacer de la moral de Jesucristo un ideal, más allá del cual no puede pasar la humanidad. ¿Por qué, pues, esos filósofos, tan admiradores de los consejos evangélicos, no los practican? ¿Por qué no se hacen monjes? Porque la tan decantada perfeccion del Evangelio lleva derechamente al monaquismo. ¿Acaso creemos hoy todavía que los que huyen de la sociedad, para dedicarse en la soledad á conseguir una salvacion imaginaria, son hombres perfectos? Si no lo creemos ya, ¿por qué hemos de repetir que la moral de Cristo es un ideal? Es un falso ideal, puesto que da por resultado la destruccion de la sociedad, siendo así que Dios nos ha creado para la sociedad. Voltaire tiene, pues, razon al hacer sus reservas, y al no aceptar la moral cristiana sino á beneficio de inventario. Presentia el porvenir; él, á quien se acusa de ser enemigo jurado del cristianismo, era su verdadero defensor, porque

(1) *Diálogo* XXIV (*ibid.*, t. XXXII, p. 290); *Caprichos* (t. XLI, p. 97).

(2) *Pensamientos de VOLTAIRE* en las *Misceláneas literarias* (Obras, t. XLIII, p. 634).

(3) *Dios y los hombres* (Obras, t. XXX, p. 331).